



Fig. 153. — Escultura femenina de Sírputa.

Igualmente, la comisión dirigida por Hilprecht, de la Universidad de Pensilvania, excavó las ruinas de Nippur, una ciudad primitiva cercana al emplazamiento de Babilonia, encontrando un templo caldeo de la más remota antigüedad. En la propia Babilonia, la comisión de la Sociedad Alemana del Oriente ha excavado el templo caldeo arcaico de Borsippa, que tiene la misma disposición que el anterior: un patio con *cellas* adyacentes y la pirámide escalonada. Por último, en la montaña de ruinas que forma el llamado *tell* de Susa, una comisión francesa, allí permanente desde hace diez ó doce años, viene haciendo más sensacionales descubrimientos: el *tell* ha sido cortado en toda su altura por una zanja profundísima. En sus capas inferiores se encuentran los restos de construcciones de cuando la Susiana ó Elam era independiente; después vienen las capas que corresponden á los períodos de dominación asiria y caldea, y por fin, en lo alto, las ruinas persas.

Es curioso también que en Susa se encuentren, además de sus propias reliquias locales, muchos objetos arqueológicos aportados de la Caldea por un último reyezuelo, Sutruk, quien parece tuvo la dichosa manía de coleccionar en su capital los recuerdos históricos que pudo reunir en los tiempos de paz y en sus expediciones guerreras, tanto del Elam como de la Baja Caldea.

Por todos estos materiales encontrados por M. de Sarzec en Sírputa y por las comisiones de Babilonia y Susa, se ha podido comprender que un primer pueblo antiquísimo, no semítico, vivió en el delta del Éufrates y que su lengua era más parecida al mogol que al hebreo. Este primer pueblo, que es el llamado de *Sumer*, fué absorbido por una invasión de semitas, que fundaron el primer imperio babilónico. Los sumerianos y los caldeos ó babilonios parece hubieron de compenetrarse profundamente y la primitiva lengua acabó por desaparecer.

Es natural, pues, que experimentemos viva curiosidad por conocer la raza de estos primitivos caldeos, que abandonando la vida nómada del desierto y relegando los útiles prehistóricos de piedra, fueron también los primeros en el invento de los metales y de la escritura, y fundaron un culto, unas leyes y una administración á todas luces superior. Antes que Babilonia hiciera efectiva su capitalidad, las ciudades caldeas, casi independientes durante largo período, crecieron sujetas al gobierno de príncipes locales, que llevaban el nombre de *patesis*, y que los más antiguos textos muestran en continua hostilidad unos con otros. Así vivían los pueblos de la desembocadura del Eufrates en el cuarto milenario antes de Jesucristo, cuando el Egipto empezaba á despertarse y á formar sus *nomos* ó provincias, constituyendo también un estado en la boca de un río. Los príncipes ó *patesis* de Caldea reunían, á la fuerza que se necesita para gobernar, ciertas cualidades de dulzura contemplativa y de suavidad espiritual, peculiares de su pueblo. Son los patriarcas idealizados de la Biblia, los reyes sacerdotes, los Melchisedech de las ofrendas misteriosas. Las

pequeñas tabletas votivas presentan sus figuras más grandes, desproporcionadas, entre las de sus numerosos hijos, indicando con el tamaño la jerarquía, como señal de autoridad (figs. 147 y 148). El mismo Gudea, el constructor de Sírputa, está representado personalmente en las grandes esculturas, donde se le ve inmóvil, unas veces derecho, con las manos plegadas de un modo característico y en actitud de recogimiento (fig. 149); otras veces sentado, con un tablero sobre las rodillas, donde dibuja, como arquitecto, el plano ideal de sus edificios religiosos. Sobre el tablero tiene la regla, con las divisiones del pie babilónico, y el punzón para dibujar. Una emoción intensa se advierte en esta figura al consagrar el edificio que ha hecho erigir para el culto del dios Ningirsu, predilecto de su pueblo (fig. 150). Gudea aparece vestido con sencillez; lleva un ancho manto doblado sobre el hombro izquierdo y el brazo derecho libre; su única vestidura debió ser, pues, aquel manto blanco que Herodoto



Fig. 154. — Estela de Naram-Sim. (Louvre).

alcanzó á ver todavía en los babilonios de su tiempo. Las estatuas de Gudea repiten siempre el mismo tipo de serenidad y fuerza reunidas, que recuerda el que tendrán más tarde los romanos primitivos. Aunque las figuras se encontraron decapitadas, aparecieron luego dos cabezas sueltas, que son preciosas, porque nos muestran las particularidades de la fisonomía y del tocado de los caldeos primitivos. Sus cráneos esferoidales están siempre completamente depilados, así como la cara; tan sólo las cejas, muy espesas, se las dejaban crecer formando arco (fig. 151). Otra cabeza, llamada *la cabeza del Turbante*, enseña cómo los súbditos de Gudea preservaban sus cráneos rapados de los ardientes rayos del sol de la llanura (fig. 152). La historia de Caldea hace suponer que las mujeres, recluidas en el harén, no tendrían allí la intervención en la vida pública que en Egipto; sin embargo, son muy interesantes algunas esculturas del tipo femenino con las imágenes de las compañeras de estos primeros hombres del Asia (fig. 153). Todas estas esculturas del arte caldeo fueron ejecutadas en piedras duras: la diorita y la dolomita, que los *patesis* como Gudea se alaban de haber ido á buscar á lejanas tierras. El llano



Fig. 155. — Estela babilónica de Merodac-Balaam. (Fot. F. D.)

de aluvión no suministraba piedras ni cantos erráticos de ninguna clase; es el desierto de arcilla, que los caldeos no podían utilizar más que para los ladrillos de sus edificios.

De esta raza de los primitivos reyezuelos contemporáneos de los patriarcas de la Biblia, salieron los inventores de todos estos tipos artísticos de Caldea; á ellos fueron debidas sus características construcciones, como también su moral y sus leyes, en los primeros tiempos, cuando las ciudades del delta del Eufrates gozaban aún la primitiva independencia patriarcal. Sírputa, la ciudad de Gudea, no es más que uno de estos primeros centros artísticos del delta. Akad, Sumer, Erech, Ur, la ciudad de Abrahán, y Susa, la elamita, ya en las tierras altas, en los contrafuertes de la Persia, son los núcleos principales con que se formó más tarde el primer imperio caldeo. Debilitadas estas pequeñas naciones por sus continuas rivalidades, sucumbieron ante un primer conquistador, el llamado Sarguina de Agadeh, fundador de la gran metrópoli babilónica.

Se nos han conservado en Susa, por la extraordinaria afición arqueológica del citado monarca Sutruk, dos estupendos monumentos, llevados allí desde Babilonia y que corresponden á los primeros días de su imperio. El uno es la gran inscripción de todas sus leyes, escritas en una magnífica columna de pórfido y dictadas á un rey, llamado Hamurabi, por su dios predilecto, Sama. La inscripción es todo un código civil, semejante al de Moisés; pero además, en lo alto, hay un admirable relieve en que el monarca, de pie, recibe las instrucciones del dios, sentado en un trono sobre unas montañas, con el estilete en una mano y en la cabeza la tiara de cuernos. El código caldeo de Hamurabi fué descubierto en Susa el mes de Enero de 1902, y es ciertamente el hallazgo más importante de la arqueología oriental. (Lám. VII). Consta de más de doscientos artículos, en los que se regulan todas las relaciones civiles y sociales de los pueblos caldeos del primer imperio babilónico.

El segundo monumento de esta primitiva dinastía babilónica, encontrado también en Susa, es la preciosa estela de Naram-Sim, el hijo de Hamurabi, que debió vivir á fines del tercer milenario antes de Jesucristo. El rey, en lo alto de una montaña, que parece sostener una piedra ó ídolo descomunal en su cúspide, está delante de sus enemigos vencidos, muertos unos, otros suplicantes á sus pies. Siguen al rey otras varias figuras de sus aliados, subiendo en orden y con los ojos vueltos hacia el jefe, cuya figura es de mayores dimensio-



Parte superior de la estela con el Código de Hamurabi. (Museo del Louvre)

nes que las de todos los demás personajes. Este relieve en piedra caliza bastante desgastada, es también de una fuerza de expresión emocionante (fig. 154).

Estos son los dos más importantes recuerdos que tenemos del arte imperial en los primeros días de Babilonia.

La antigua ciudad, cien veces arrasada y otras tantas reconstruida por su gran prestigio religioso, ocupaba, con sus extensos barrios, vastas llanuras en las dos orillas del Eufrates. Cuando Herodoto la visitó, en el siglo V antes de J.C., estaba casi deshabitada, pero todavía lograba impresionar con sus recuerdos la imaginación del viajero cuando éste contemplaba los palacios reales, los puentes y las murallas, y, sobre todo, los grandes templos en forma de pirámide escalonada.

Herodoto describe el templo de Belo, en Babilonia, como una superposición de terrazas con una rampa para subir de un piso al otro. El primer ejemplar que se descubrió de templos así apiramidados, fué el de Khorsabad, en Asiria, que Botta exploró, en el interior del palacio de Sargón. Dichas pirámides escalonadas llevan el nombre de *zigurats* y en un principio se creyó que debían tener canónicamente siete pisos, y así eran el templo de Belo y el de Khorsabad; pero el pequeño *zigurat* doméstico que tenía Gudea en Sírputa, no constaba más que de tres pisos. Las fachadas de los diversos pisos del *zigurat* solían estar decoradas con estriás verticales y en lo alto se ha supuesto que existía un edículo, con una cámara para el dios. Mas, por lo general, las tentativas de restauración de estos edificios de ladrillo, deshechos al cabo de millares de años, no pasan de ser pura fantasía.

Es de esperar que las excavaciones emprendidas en gran escala por la Sociedad Alemana del Oriente, en Babilonia, procuren al fin las noticias de que hasta ahora carecemos sobre los grandes edificios de la metrópoli caldea. Sin embargo, parece casi seguro que la exploración de Babilonia no aportará ningún nuevo elemento al arte, porque éste se había desarrollado ya en las tierras bajas de la desembocadura de los ríos. El primer imperio babilónico no hizo más que reunir los esfuerzos anteriores de sus vasallos, imitando sus construcciones de ladrillo, con lechos de betún y piezas vidriadas, y la estructura general de sus edificios: los terraplenes, las bóvedas y las almenas de coronamiento.

El arte, en la nueva capital, no hizo más que refinarse; las grandes construcciones, á que tan aficionados eran los príncipes babilónicos, favorecían el desarrollo de la técnica y perfeccionaban los elemen-



Fig. 156. — Toro con cabeza humana.



Fig. 157. — Toro amuleto de Sírputa.



Fig. 158. — Desarrollo de un cilindro caldeo.

rizados y una alta mitra coronaba su cabeza (fig. 155). Ya no son los patriarcas primitivos, descalzos y rapados, cubiertos sólo con el manto, como hemos visto en las estatuas de Gudea. En ellos se advierte ya algo del fausto y magnificencia con que más tarde encontraremos representados á los príncipes asirios en los relieves de Nínive y Khorsabad; á pesar de todo, los monarcas babilónicos tienen siempre algo del rey sacerdote, su ademán es más piadoso que el de los conquistadores de Asiria.

Babilonia, la gran metrópoli del Asia, fué varias veces destruída por los asirios, de manera que lo que puedan descubrir las excavaciones actualmente emprendidas por la Sociedad Alemana del Oriente, serán, sin duda, más que otra cosa, los edificios restaurados por el segundo imperio babilónico, después de la caída de Nínive. El Nabucodonosor de la *Biblia* fué el que reedificó la mayor parte de los edificios que llamaron la atención de Herodoto; él fué quien levantó otra vez el templo de Belo y construyó el palacio real, y sus famosos jardines suspendidos; éstos no eran más que una torre inmensa, de diferentes plataformas escalonadas, con tierra suficiente para que en ella pudieran crecer los árboles más corpulentos. Antes de que fueran conocidas las particularidades de la construcción caldea y el sistema de las bóvedas para desagüe del interior de los macizos, el problema de estos jardines suspendidos, planteado por la vaga descripción de Herodoto, había hecho imaginar toda una imposible complicación de vigas y pies derechos para sostenerlos.

Nabucodonosor restableció también los canales que unían al Eufrates con el Tigris, reparando los grandes depósitos donde se recogía el agua de las inundaciones. Todos los recursos de que los ingenieros caldeos podían disponer, fueron aplicados á preservar la capital de un golpe de mano. Una doble muralla la rodeó, con cien puertas de batientes de bronce, y el espesor de los muros, conforme decía Herodoto, era tal que podían recorrerlos dos carros en dirección opuesta.

Tanto de la Caldea como de la Asiria no conocemos todavía monumentos funerarios de importancia. En Caldea abundan las necrópolis con millares de sepulturas, pero sin interés artístico ninguno; los cadáveres están metidos en grandes jarras, con cintas y decoraciones geométricas grabadas en la misma arcilla.

Al hablar de la raza de los primitivos caldeos, hemos reproducido ejemplos de su escultura; la habilidad de sus escultores para reproducir la forma humana ha quedado bien manifiesta en las estatuas de Gudea y los relieves de Hamurabi y Naram-Sim. Pero los escultores caldeos no sólo demuestran un gran

tos de los estilos. Hasta hace poco no poseíamos del arte oficial del primer imperio caldeo más que algunos relieves y esculturas, porque los *tells* de Babilonia habían sido excavados sólo superficialmente... No obstante, sabemos que los príncipes vestían largas túnicas bordadas, llevaban el cabello y la barba

conocimiento del cuerpo humano, sino que reproducen con admirable fidelidad las formas de los animales. Produce asombro ver aparecer, entre las esculturas primitivas de la Baja Caldea, el tipo de la esfinge ó león con cabeza humana, que lleva ya la mitra y los cuernos dobles, como los leones alados de las puertas de los palacios asirios (fig. 156). En lo sucesivo, el Oriente no prescindirá jamás de esta creación escultórica, en la que se compendian la fuerza animal y la inteligencia de los seres superiores.

El toro aparece también como amuleto, reproducido con su cabeza natural (fig. 157); pero toros y leones con cabeza humana son frecuentísimos en los grabados de los sellos ó cilindros caldeos. Pocos documentos pueden explicarnos mejor los detalles de la primitiva mitología oriental que estos sellos-cilindros, que, al rodar sobre la cera, dejaban impresas las figuras de los monstruos y dioses del Panteón caldeo (figura 158): son siempre combinaciones de los toros de cabeza humana con los semidioses ó héroes mitrados, los leones y las águilas, llenando el espacio del fondo las leyendas cuneiformes.

Además de las construcciones típicas de ladrillo y de su escultura maravillosa, la Caldea inventó los temas orientales de las artes menores; todos los demás pueblos del Asia no hicieron sino imitar su técnica en la fundición y repujado de los metales, en la labra de las piedras duras ó gemas talladas, en los muebles y tejidos, etc., etc. El magnífico vaso de plata del rey Entemena, encontrado por Sarzec en Sírputa (fig. 159), demuestra cómo el motivo oriental del águila y los leones, que en la Edad media subsiste todavía en las telas bizantinas, tuvo su origen allí, en las pequeñas ciudades de la llanura del Delta, tres ó cuatro mil años antes de J.C.

Otra industria también muy importante del Asia, aparece ya en la primitiva Caldea; nos referimos á la cerámica vidriada. En las exploraciones que la Sociedad Alemana del Oriente (*Deutsche-Orient.-Gessellschaft*) ha verificado



Fig. 159. — Vaso de plata repujada. Sírputa.

en gran escala durante estos últimos años, en las colinas de escombros donde se levantó Babilonia, se han puesto al descubierto, en la llamada Vía Sagrada de las Procesiones, ejemplares admirables de cerámica con flores estilizadas y animales, que presentan las formas típicas que habrán de subsistir siempre en la cerámica oriental (fig. 160).

RESUMEN.—La Caldea es el terreno llano ó de aluvión del delta del Eufrates. En las ciudades caldeas primitivas aparecen ya los principales elementos característicos de las civilizaciones del Asia. Sus construcciones de ladrillo, sobre un basamento artificial, estaban decoradas con cerámica vidriada. Los templos tenían la forma de pirámides escalonadas, de tres á cinco pisos. La escultura es el arte capital de la Caldea y sus estatuas están labradas en piedras duras importadas en el país, como la diorita y la dolomita. Representan la figura humana de pie ó sentada, con las manos plegadas en actitud de místico arrobamiento. El primitivo arte caldeo inventa el tipo del toro con cabeza humana, que se transmite á todo el arte oriental y hasta al extremo Occidente.

La metalurgia, la glíptica y las artes menores inician en la primitiva Caldea los demás tipos, que subsistirán en su mayor parte en todas las civilizaciones del Asia. De Caldea, como de Asiria, desconócese la arquitectura funeraria, si por acaso la tuvieron. En Caldea existen sólo vastas necrópolis, en las que se han hallado los cadáveres enterrados en grandes vasijas de barro. Las artes é inventos de los primitivos caldeos llegan sin duda á su apogeo durante el primer imperio babilónico. Las ruinas que subsisten de la antigua metrópoli del Asia son de edificios posteriores á la destrucción de Nínive y de la época de Nabucodonosor. Los tipos arquitectónicos de sus monumentos son los mismos de los palacios y las pirámides escalonadas, que ya se habían levantado en las ciudades caldeas primitivas. Babilonia es la capital en que se concentra el esfuerzo de las pequeñas ciudades anteriores á la formación del imperio.

BIBLIOGRAFÍA.—Sobre la historia de los descubrimientos. SAYCE: *Archaeology of cuneiform inscriptions*, 1907.—HILPRECHT: *The explorations in the Bible land*, 1906.—BOSCAWEN: *The first of empires*, 1904.—KING: *Akad and Sumer*, 1910.

De la Caldea. OPPERT: *Expedición á Mesopotamia*, 1860.—Sobre Sírputa, SARZEC-HEUZEY: *Decouvertes en Caldée*, 1890, seguida de las *Nouvelles feuilles de Tello*, 1909-1911.—Las excavaciones en Babilonia. HILPRECHT: *Nippur. The babylonian expedition of the University of Pennsylvania*, 1904.—KOLDEVEY: *Die Tempel von Babylon und Borsippa*, 1911.—Sobre el Código de Hamurabi: *Delegation scientifique en Perse. Memoires*, IV, 1902.—DAVIES: *The codes of Hamurabi and Moses*, 1905.—WINCKLER: *Die Gesetze Hamurabis*, 1904.

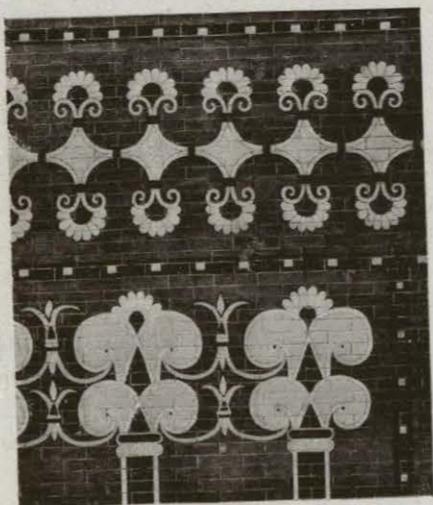


Fig. 160.—Friso de cerámica vidriada. Babilonia. (Andrae).



Fig. 161.—Guerreros asirios con máquinas de guerra expugnando una ciudad.

CAPITULO VII

ORÍGENES DE LA ASIRIA.—CONSTRUCCIONES REALES DE NÍNIVE. ESCULTURA Y ARTES INDUSTRIALES.

EL heredero del arte y la civilización caldea fué el imperio ninivita, constituido en las llanuras más altas de la Asiria desde el siglo xv antes de Jesucristo. He aquí cómo la Biblia explica correctamente la sucesión de los imperios del Asia: «En un principio fué Nemrod, el primer poderoso de la tierra nacido de Kush.—El origen de su imperio fué Babel, Ereck, Akad y Kalané, en el país de Senaar.—De este país salieron Assur, Nínive y Kalaah.» Las modernas exploraciones han comprobado este texto: en un principio hallamos, pues, las ciudades caldeas confederadas, con Babel ó Babilonia á la cabeza; luego Asiria con sus tres capitales sucesivas: Assur, Kalaah y Nínive. Como á lo largo del Nilo, en Egipto, la civilización nacida en el Delta, remontó también en el Asia el cauce de los ríos. Ya hemos visto que las ciudades caldeas estaban situadas en la desembocadura del Eufrates, y que en ellas se empezaron á formar los tipos y los estilos arquitectónicos de los pueblos del Asia. La Asiria es el país situado más

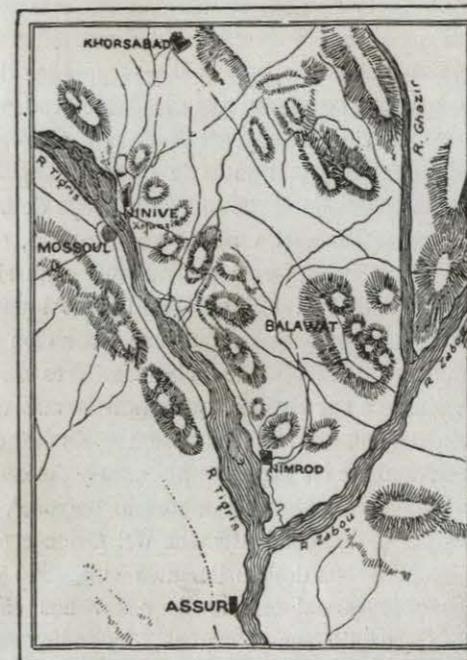


Fig. 162.—El triángulo de la Asiria.